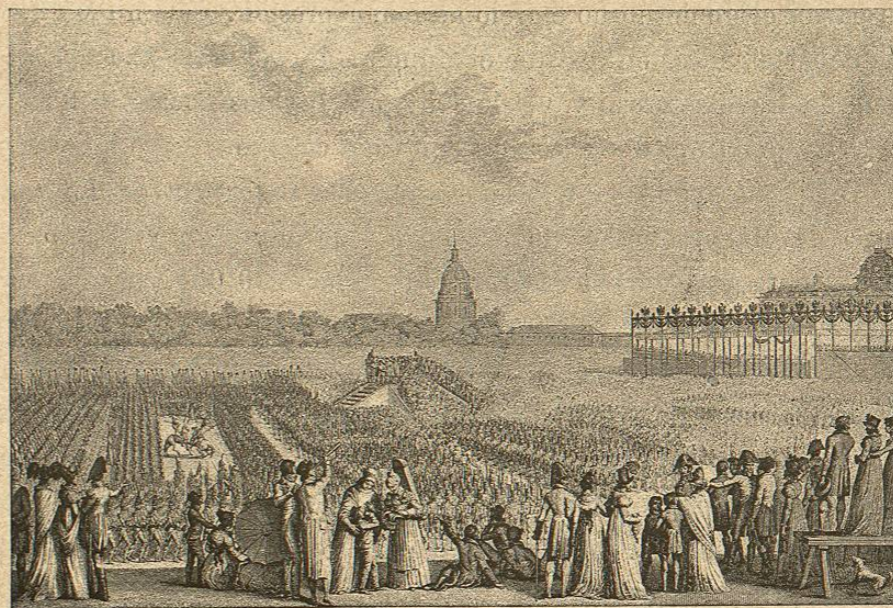


Benjamín Constant, á quien se consideraba como el primero de los publicistas constitucionales y de quien confiaba que, á pesar de su hostilidad personal para con él, podría atraerle á la causa imperial. No se engañaba por cierto el Emperador; Benjamín Constant, aunque acababa de publicar un artículo de violencia extraordinaria, comparando á Napoleón con Genserico y Atila, se sintió halagado por la elección y aceptó sin dificultad el encargo de preparar la nueva constitución, redactando con gran presteza la llamada *Acta adicional de las constituciones imperiales*, que se publicó en 23 de Abril (1).

No quiso Napoleón que se considerase este trabajo como una constitución nueva; de aquí el título de *Acta*. En su virtud, el poder legislativo se ejercía por el Emperador y dos Cámaras, una de pares, nombrados por el Emperador en número limitado, y otra de diputados, compuesta de 628 miembros, que debía renovarse cada cinco años. Los diputados debían elegirse por las dos clases de colegios electorales, de departamento y de distrito, que á su vez recibían sus poderes vitalicios de las asambleas comunales, de las que formaban parte todos los ciudadanos franceses. La industria y la propiedad fabril y comercial debían tener una especial representación, elegida por el colegio electoral del departamento de entre una lista de elegibles formada por las cámaras consultivas de artes é industrias y las cámaras de comercio reunidas. La Cámara de diputados nombraba su presidente, cuyo nombramiento debía ser ratificado por el Emperador. Las Cámaras debían votar anualmente el presupuesto; las sesiones eran públicas. Los ministros podían escogerse entre los miembros de las Cámaras, aunque no era obligatorio el que perteneciesen á ellas, y eran responsables. Se consignó la libertad de la prensa, sin censura previa de ningún género y sometida á los tribunales ordinarios. Napoleón accedió á la opinión de Benjamín Constant, creando pares hereditarios; pero, á pesar de su oposición, conservó la pena de confiscación para los delitos contra el Estado.

(1) Pasaremos rápidamente sobre la historia política y constitucional de los Cien días, que más bien constituye la continuación de la historia de la primera Restauración. Véase Duvergier de Hauranne, *Historia del gobierno parlamentario*, t. II y III;—Villemain, *Recuerdos contemporáneos*, t. II;—Edgardo Quinet, *Campaña de 1815*, y las varias historias de la Restauración, Viel-Castel, Vaulabelle, Lubis, Nettement, Lamartine, *Memorias de Vitrolles*, etc.

El Acta adicional era la constitución modificada en sentido democrático, con sufragio verdaderamente popular, pudiéndose afirmar que ha sido la constitución más liberal que ha tenido Francia. Tal es el juicio que le merece á madama de Stael. Sismondi escribió en su elogio varios artículos, á consecuencia de los cuales Napoleón le mandó llamar y tuvo con él una conferencia célebre, en la que dijo que á los Franceses sólo les faltaba el buen sentido político para ser



La fiesta del Campo de Mayo. (Copia de un grabado anónimo de la colección Hennin.)

una nación incomparable. Todo parece confirmar que Napoleón obraba sinceramente al dar á Francia una constitución liberal; él mismo había repetido en distintas ocasiones que, después de él, debía llegarse á tal estado; así, pues, su regreso venía á constituir un nuevo reinado. Algunos han supuesto que Napoleón victorioso no habría soportado las restricciones que el Acta adicional ponía á su poder. E. Pelletán no participa de esta opinión, y cree que el desastre de Waterloo fué funesto hasta para la libertad política de los Franceses. Desgraciadamente, según la frase de Thiers, «Francia no creía más en Napoleón cuando hablaba de libertad que Europa al hablar de paz.» Poco después se publicó un decreto dando á los municipios el derecho de elegir sus empleados y sus alcaldes en aquellas poblaciones donde este

nombramiento no se había reservado al Emperador, derecho que perdieron en la segunda Restauración y que no volvieron á recobrar hasta 1848.

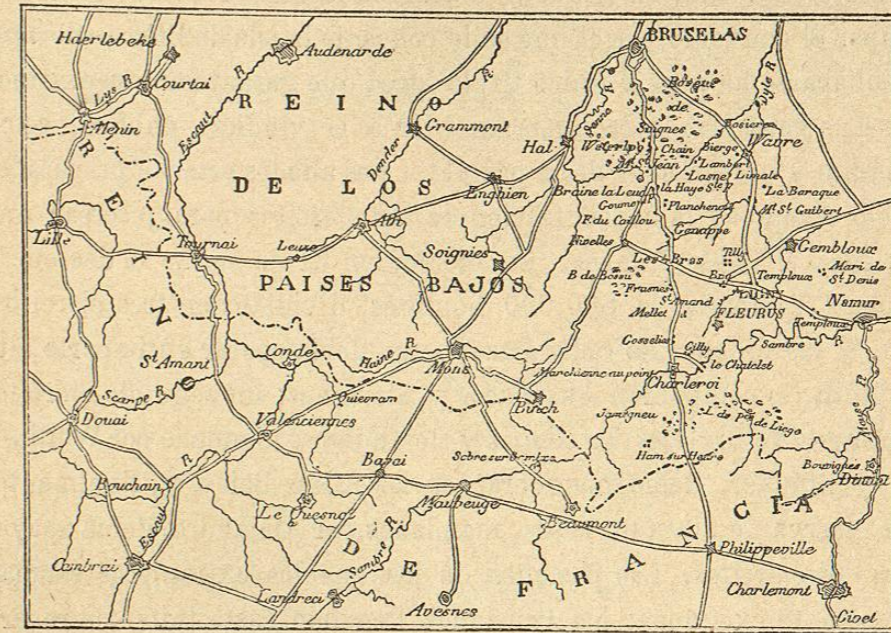
La nueva Constitución, publicada en 23 de Abril en el *Monitor*, se sometió á un plebiscito, que se llevó á cabo con completa libertad y que dió una gran mayoría á su favor (1.300.000 *sí* contra 4.206 *no*), pero señalando un gran número de abstenciones; éstas fueron aún mayores hasta en las elecciones de diputados, en las cuales, por otra parte, el gobierno no ejerció la menor presión. Sólo hubo diez y siete departamentos en los que el número de votantes excedió á la mitad de los electores, y en la Gironda y en las Bocas del Ródano sólo hubo de quince á veinte votos en cada colegio.

Todo esto había contribuido á retardar la proyectada fiesta del Campo de Mayo, que se verificó en 1.º de Junio en el Campo de Marte, frente á la Escuela Militar, reuniéndose 30.000 guardias nacionales, una parte del ejército de París, comisiones de todos los regimientos y representaciones de todos los departamentos. Napoleón se presentó con el traje imperial que había estrenado el día de la consagración, acompañado por varios príncipes de su familia y grandes dignatarios. Después de un oficio solemne, como en 14 de Julio de 1790, se proclamó el resultado del plebiscito sobre el Acta adicional; Napoleón juró en seguida sobre los Evangelios las constituciones imperiales y distribuyó las águilas á las tropas, en medio de entusiastas aclamaciones.

Como el Emperador había manifestado á las Cámaras en 7 de Junio, la guerra era inevitable, por lo que salió secretamente de París el día 11 hacia la frontera Norte, para reunir en ella su ejército; iba á comenzar el último acto de este gran drama.

Los monarcas de Europa no dieron, en efecto, el menor crédito á las seguridades de paz de Napoleón y habían roto toda relación con el nuevo gobierno. No podía tampoco pensarse, como en Viena, después de la reunión del Campo de Mayo, en la regencia del rey de Roma, para lo cual hubiera sido preciso que María Luisa se hubiese reunido con su esposo, cosa que no preocupó á ésta en lo más mínimo. Los tardíos escrúpulos que pudieron surgir en ella respecto al divorcio de Napoleón, habían desaparecido con la muerte de Josefina, por lo que

la conducta de María Luisa en esta ocasión fué verdaderamente reprochable, ya que no se trataba únicamente de su marido, sino de su hijo. El czar Alejandro, sumamente disgustado por el tratado de 3 de Enero de 1815, firmado por Talleyrand con Austria é Inglaterra contra Rusia y Prusia, é instado por la ingratitud de los Borbones, que habían olvidado, según decía, que le debían el trono, parecía dispuesto á mantener los derechos de Napoleón II, y se había llegado á ofrecer



Mapa general de la campaña de 1815

secretamente el trono á María Luisa (1). Azorada, en un principio, completamente por la noticia del regreso de Napoleón, no tardó mucho

(1) Algunos meses después, Alejandro decía á lord Clancarty: «Podríamos haber establecido la regencia, pero la archiduquesa María Luisa, á quien hablé, se negó en absoluto á regresar á Francia.» Durante el congreso de Viena, y ya desde 1814, se había esparcido el rumor del divorcio de María Luisa y se hablaba de su casamiento con Federico Guillermo III, rey de Prusia, viudo, como sabemos, de la reina Luisa desde 1810. El anciano príncipe de Ligne decía en esta ocasión: «Mirabeau pretendía que no es difícil que un hombre de talento llegue á cometer un disparate haciéndosele recordar todos los días, por espacio de un mes, por su ayuda de cámara; pero en verdad los novelistas de Viena creen sumamente firme nuestra imaginación. No sé cómo el Robinsón de la isla de Elba tomará este chiste.» El príncipe de Ligne no podía, por cierto, suponer que la realidad era mucho más increíble, y mucho más triste para María Luisa, que los rumores

en tranquilizarse, confiando en que « todo concluiría del mejor modo posible. » Y al leer después el boletín del ejército que anunciaba tantos desastres y la ruina de aquel que había hecho de ella la soberana más gloriosa y más potente de Europa, « complacióse como todos con las buenas noticias que contenía. »

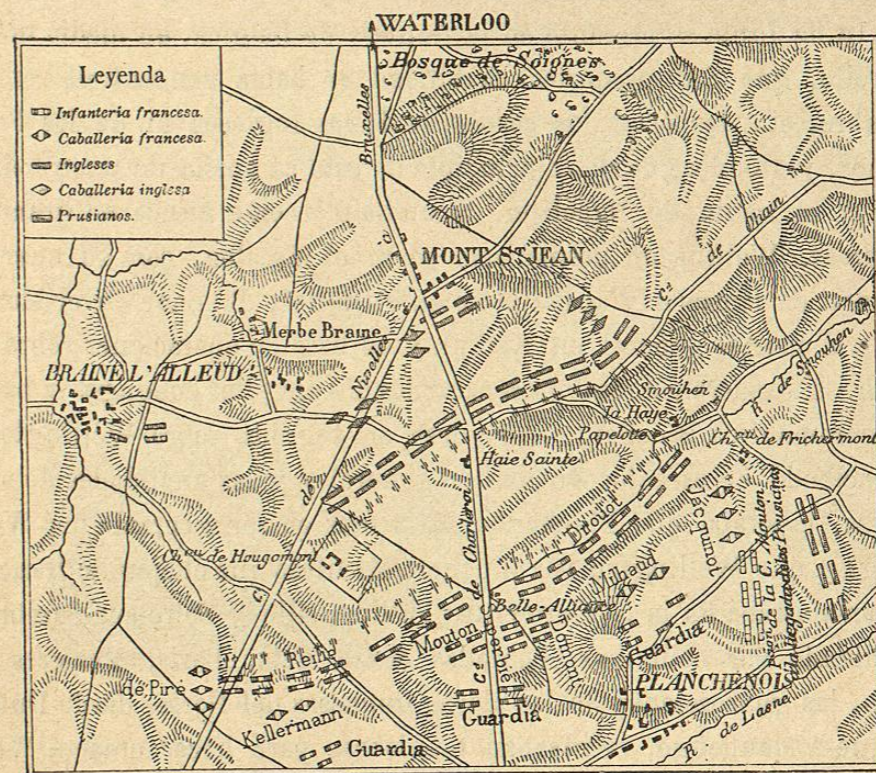
Tres semanas después del desembarco de Napoleón en Provenza, en 13 de Marzo, se publicó un manifiesto colectivo de los monarcas, reunidos en Viena, en el que se declaraba la guerra á Napoleón. « Al romper el convenio por el que se le concedió la isla de Elba,—decían,—Bonaparte ha roto el único título legal que garantizaba su existencia. Las potencias le declaran acreedor á la vindicta pública, como enemigo y perturbador de la paz (1). » Los aliados estaban preparados y sólo esperaban la concentración de sus ejércitos para pisotear una vez más el suelo francés. En efecto, en 31 de Marzo se decretó la salida á campaña de 800.000 hombres, divididos en tres ejércitos: uno, á las órdenes de Schwartzenberg, debía operar en la parte alta del Rin, lo componían Austriacos y Alemanes; un segundo ejército, compuesto de Ingleses, Prusianos y Holandeses, mandado por Welling-ton y Blucher, debía maniobrar en los Países Bajos, y, finalmente, una reserva de 200.000 rusos, mandados por Alejandro, debía apoyar á los dos ejércitos. Las pasiones de los pueblos extranjeros estaban sumamente excitadas; los Prusianos llegaban hasta tratar de repartir la Francia y de confiscar los bienes nacionales para pagar los gastos de la guerra. Los aliados contaban también con los partidarios

que se habían propalado. La hija de su rey, la esposa de Napoleón, no había esperado siquiera un año para casarse, no con un rey, ni siquiera con un príncipe, sino con su chambelán.

(1) Ginguéné, en la comisión oficiosa que desempeñó en Suiza con el general Laharpe, que debía venir desde Viena á Zurich, y por cuya intermediación esperaba Napoleón entrar en relaciones con el congreso de Viena, se convenció, por las palabras del general, de la falsa idea que tenían en Viena respecto á la situación de Francia y á las disposiciones de Napoleón: una conjuración contra los jefes del ejército para llamar al Emperador; todo preparado para recibirle; las tropas todas en su favor; las poblaciones, estupefactas y aterradas, abriéndole sus puertas; la soldadesca amenazadora dominando en todas partes con el sable y la bayoneta; el Emperador furioso y forjando en su mente planes de conquista, de destrucción y de venganza; todas sus promesas, ilusorias; la paz imposible con él; sus partidarios en Francia, escasos; numerosos los de los Borbones y dispuestos á entrar en acción; tal es el cuadro que se habían forjado respecto al estado de la nación.

que tenían en Francia, y que verdaderamente habían aumentado desde 1814; confiaban, además, en las conjuraciones que se tramaban en la misma corte de Napoleón.

Napoleón se vió, pues, obligado, así que llegó á las Tullerías, á preparar una nueva campaña, haciéndolo con el mayor sigilo y retardándolo cuanto le fué posible para no asustar á su pueblo. Sin em-



Piano de la batalla de Waterloo

bargo, gracias á varias medidas que tomó, dictadas una vez más por su prodigioso talento organizador, aun pudo poner sobre las armas en pocos meses unos 400.000 hombres. Mandó fortificar varias plazas; París quedó defendido por el norte por medio de nuevos fuertes y en la parte sur terminó los trabajos ya comenzados. Gracias á la habilidad del barón Luis y de Mollien, pudo disponer inmediatamente de sumas considerables, haciéndose los armamentos con extraordinaria rapidez; á mediados de Junio tenía 124.000 hombres en el ejército del Norte, dispersos en una línea que se extendía desde Lille hasta Mezieres. Napoleón tenía dos planes para escoger: ó dejar que los